



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

NOTA SOBRE EL SEMINARIO "LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LENGUA ESPAÑOLA"

Blanca Sánchez Alonso

EL pasado mes de julio (3-6) se celebró en Cartagena de Indias (Colombia), un seminario internacional sobre las ciencias sociales en la historiografía de lengua española. La organización corrió a cargo del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), con apoyo financiero del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El director del seminario y director general del ICFES, Dr. Marco Palacios, y Leticia Arteaga en las labores de secretaría lograron reunir a un nutrido grupo de especialistas españoles y latinoamericanos con el objeto de discutir la aplicación de ciencias sociales a la investigación histórica.

La asistencia fue muy numerosa. De los diecinueve ponentes, siete provenían de Colombia, cinco de Argentina, cuatro de España, además de un ecuatoriano, un mexicano y un peruano. La mayoría de las ponencias trazaron una visión a largo plazo de la historiografía de los respectivos países destacando corrientes, influencias y presencia de las ciencias sociales en la investigación histórica, aunque con muy diversos matices y enfoques. Los trabajos se pueden dividir en grupos por su temática, aunque muchos de ellos abarcaron temas diversos. Sobre historia política y social se presentaron cinco trabajos de distintos países; la historia económica se debatió en cuatro ponencias, mientras que tres se ocuparon de historiografías nacionales; dos ponentes trataron la historia colonial y otros dos la demografía histórica. Hubo, además, ponencias sobre historia de la ciencia, historia de la cultura y etnohistoria. A pesar de que el repaso puede

parecer exhaustivo, para el público español resultará sin duda de interés conocer los problemas y debates planteados en la historiografía de diversos países latinoamericanos.

En el campo de la historia económica se contó con representantes de la historiografía argentina, colombiana y española. Roberto Cortés Conde se ocupó de la historiografía económica argentina desde sus orígenes, destacando en su evolución cronológica la influencia sucesiva de organismos como la CEPAL y de investigadores como Bunge, Romero, Germani, Díaz Alejandro, etc. La historia económica argentina se ocupó básicamente de los problemas del crecimiento económico (discontinuidades y rupturas), con especial énfasis en temas como la sustitución de importaciones. El debate, centrado en problemas macroeconómicos, perdió los aspectos institucionales. Su recuperación es el reto actual de la historia económica argentina. Para Cortés Conde, la teoría económica, con sus nuevas aportaciones institucionales, es un elemento fundamental para cualquier historiador económico, y destacó la necesidad de que historiadores y economistas adquieran un lenguaje común.

José Antonio Ocampo destacó la influencia de la historiografía marxista en el desarrollo de la historia económica colombiana y la escasa penetración de la economía neoclásica y la econometría. Su repaso a los temas de investigación en la historia económica de Colombia se centró en aquellos que apenas han sido tratados

desde la perspectiva de las ciencias sociales: en la historia colonial, los flujos comerciales internos, los ciclos del oro y los problemas fiscales; en el período independiente, sorprende, según Ocampo, el vacío historiográfico en lo que respecta a la financiación de las guerras, y al mundo rural y ganadero del siglo XIX, mientras que, en el siglo XX, faltan estudios sobre las transformaciones agrarias y la economía de la segunda postguerra.

La historia económica española estuvo representada por Leandro Prados de la Escosura y Pablo Martín Aceña que se ocuparon respectivamente de los siglos XIX y XX. Prados de la Escosura, después de pasar revista a las contribuciones pioneras de Carande, Sardá, Vilar, Hamilton..., señaló cómo a partir de los años sesenta surge una generación de historiadores económicos profesionales cuyos discípulos, y en muchos casos ellos mismos, introdujeron en España las nuevas corrientes de la historia económica y la cliometría. El trabajo hasta ahora ha consistido básicamente en cuantificar y revisar las opiniones de los historiadores tradicionales, pero actualmente el reto de las nuevas investigaciones se centra en la incorporación de nuevos planteamientos de la teoría económica, prestando mayor atención a problemas institucionales, sociales y políticos. Por su parte, Martín Aceña organizó su intervención en torno a los grandes temas de debate en la historia económica del siglo XX español: el crecimiento en las primeras décadas del siglo, los efectos de la Primera Guerra Mundial, la modernización y la reforma agraria, la política económica de la dictadura, etc. Destacó asimismo el excesivo énfasis en los estudios sobre política económica, justificado por la abrumadora presencia del Estado durante gran parte del siglo XX español. Asimismo, se lamentó de la falta de comunicación entre historiadores y economistas que no han incorporado los resultados alcanzados en la investigación en historia económica.

Las cuatro intervenciones coincidieron

en destacar la necesidad que el historiador económico tiene de utilizar teoría económica, estadística y econometría en su análisis histórico, así como de incorporar, con lógica económica, aspectos institucionales, sociales y políticos.

Las ponencias referidas a historia política y social fueron de temática y contenidos más diversos. Todos los participantes destacaron la enorme influencia que la escuela marxista y los *Annales* tuvieron en el desarrollo de la "nueva" historia social y política en los años sesenta y setenta en contraposición a la historiografía tradicional. José Álvarez Junco fue el más explícito a la hora de señalar los lastres que durante los años sesenta y setenta caracterizaron a la historia social y política en España. La llamada historia social consistió casi exclusivamente en historia del movimiento obrero, caracterizada por su militancia, su falta de crítica y metodología, su visión deformadora de la realidad, y por ser, al fin y al cabo, una historia tradicional. Tras la crisis de los setenta se llegó a una situación en la que predominó el eclecticismo, la confusión, la indefinición terminológica y, en muchos casos, la perplejidad, para pasar en los últimos años a la salida fácil de la historia local. Para Álvarez Junco, el reto para el historiador político y social actual se centra en la necesidad de método e hipótesis de investigación y en la utilización de conceptos y teorías provenientes de las ciencias sociales. Señaló por último, que la reintroducción de lo político en la investigación histórica debe plantearse con una nueva perspectiva en la que destaquen planteamientos de la sociología electoral, la ciencia política, el análisis del discurso, etcétera.

La ponencia de Hilda Sabato, referida a Argentina, hizo también hincapié en la recuperación actual de la historia política y la historia de las ideas tras el desprestigio en que había caído en las últimas décadas. Sin embargo, su planteamiento fue aún más audaz, al afirmar que hoy en día la vanguardia es la historia política y de

las ideas frente al predominio anterior de la historia económica. Para Sabato, la Economía y la Sociología han perdido sus privilegios como ciencias complementarias para el historiador, y el problema actual es determinar cuáles son sus sustitutos. En el campo de la Historia de las ideas, Hilda Sabato destacó la influencia y la ayuda que para el historiador puede suponer el recurrir a disciplinas como la filología, la sociología de la literatura y la crítica literaria. Por lo que se refiere a la historia política, una vez más se hizo hincapié en su vinculación con la ciencia política y se reivindicó lo institucional como instancia de análisis.

Juan Carlos Torre se centró en la historiografía que sobre movimiento obrero y sindical se ha desarrollado en Argentina en las últimas décadas. La historia obrera tradicional era la historia del movimiento obrero y no la de los trabajadores, al mismo tiempo que utilizaba sistemáticamente categorías ahistóricas. La renovación debe producirse reivindicando la idea del conflicto y su análisis como elementos centrales de la historia obrera y sindical, y centrándose en espacios reducidos como una ciudad, el análisis de una empresa, etcétera.

Dentro del campo de la historia social, la ponencia de Patricia Londoño analizó las nuevas investigaciones que se están llevando a cabo en Colombia sobre la historia de las costumbres y la vida cotidiana, recurriendo a la literatura, la fotografía, la historia oral, etc. Por último, dentro del bloque de ponencias dedicado a historia social y política, José Carlos Chiaramonte pasó revista a los problemas que plantea la cuestión nacional en la historiografía política argentina y latinoamericana en general, y señaló la necesidad de revisar la idea de que las nacionalidades latinoamericanas, mexicana, peruana, argentina..., existían ya en el momento de la Independencia.

Del campo de la *Demografía histórica* se ocuparon dos ponencias. En la primera de ellas, Blanca Sánchez Alonso analizó el

panorama de la demografía histórica en España. Tras constatar el auge de la disciplina en los últimos años, la ponencia se centró en los temas actuales de investigación. Entre ellos destacó el problema de la transición y modernización demográfica con la consiguiente preocupación por el análisis de la fecundidad, el estudio de las estructuras familiares, las migraciones interiores y exteriores y los problemas que plantea el estudio de la población activa. Los problemas de la demografía histórica en España provienen no de su relación con la Demografía, sino de su excesivo localismo y de no tener en cuenta muchas veces variables de tipo económico, social y cultural que ayuden a encuadrar y comprender el problema demográfico objeto de estudio. Por su parte, Pablo Rodríguez concentró su atención en la historia de la familia en Colombia y en la necesidad de apoyarse en las ciencias sociales para su estudio. En concreto destacó la validez de la sociología para entender la familia como organización social, de la antropología en el estudio de mestizajes culturales a través de familias y, por supuesto, de la demografía como ciencia fundamental en este campo.

Tres ponentes se ocuparon de trazar sendos panoramas sobre el *desarrollo historiográfico en diversos países*. Enrique Florescano se ocupó de la historiografía mexicana en los últimos cuarenta años, tanto por temas como por los problemas planteados. Señaló de manera pormenorizada los avances que para la historiografía mexicana supuso la incorporación de ciencias sociales como la arqueología o la economía, y la influencia que tuvieron historiadores norteamericanos o instituciones como el Colegio de México. Sin embargo, para Florescano, el mayor logro de la historiografía mexicana de los últimos años consiste en la aplicación de métodos de las ciencias sociales y en la utilización de un discurso histórico eminentemente analítico.

Carlos Miguel Ortiz se planteó, desde la óptica de la historiografía colombiana,

por qué las ciencias sociales que más habían influido en la investigación histórica habían sido la Economía, la Sociología y la Antropología, mientras que apenas se había prestado atención hasta muy recientemente a disciplinas como la psicología social o la lingüística social. Por su parte, Enrique Ayala trazó un panorama de la historiografía ecuatoriana desde sus orígenes tras la Independencia, señalando el carácter regional y la intencionalidad política que había predominado en la historia ecuatoriana.

Enrique Tandeter y Heraclio Bonilla se ocuparon de la *historia colonial*. El primero concentró su atención en Argentina y en concreto en explicar el por qué del auge de la historiografía colonial en Argentina. Para Tandeter, la influencia marxista y de los *Annales* hizo que la historia colonial se convirtiera en período privilegiado de análisis desde las preocupaciones de la izquierda latinoamericana. En la época colonial se podrían estudiar formaciones económicas y modos de producción precapitalistas, aunque con la evolución lógica de la historiografía se realizaron análisis de otros temas como los flujos mercantiles, la articulación del mercado interior o el predominio de actividades agrícolas o ganaderas en el Río de la Plata. Heraclio Bonilla, por su parte, se ocupó de la historiografía colonial de Bolivia, Ecuador y Perú. En este campo, antropólogos, sociólogos y economistas han realizado todo el trabajo, y no los historiadores. Destaco cinco temas que han recibido atención preferente: la naturaleza del legado y la ruptura del sistema colonial, el restablecimiento del comercio exterior con el guano en Perú, la plata en Bolivia y el cacao en Ecuador y el eslabonamiento interno de esas economías de exportaciones, la cuestión nacional y la participación política campesina, los problemas de articulación del mercado interno y el estudio de las comunidades indígenas.

Las tres últimas ponencias se centraron en aspectos tan diversos como la *etnohistoria*, la *historia de la cultura* y la *historia*

de la ciencia. Para Roberto Pineda, más que una disciplina a caballo entre la historia y la arqueología, la etnohistoria es un método de trabajo. Destacó la influencia que en la renovación de la disciplina tiene la antropología social y las fuentes orales, especialmente en el estudio de organizaciones sociales y sistemas de cacicazgo. Carlos Uribe volvió a reivindicar el papel de la sociología cultural en la historia de la cultura que en los últimos años, en Colombia, se ha centrado más en el estudio de las culturas populares, tanto rurales como urbanas. Por último, Emilio Quevedo se lamentó en su ponencia de que la historia de la ciencia fuera tierra de nadie, pues no interesaba ni a los científicos ni a los historiadores. Para Quevedo hay que abandonar el estudio del saber científico desde la filosofía positivista e incorporar ciencias sociales como la sociología de la ciencia, la semiótica, el análisis del lenguaje científico, la psicología social, etc.

Los temas de debate fueron muy variados en concordancia con la diversidad de temas planteados por los distintos ponentes. Se podrían destacar, sin embargo, varios focos de atención.

Hubo unanimidad casi total entre los participantes en rechazar el análisis y los conceptos marxistas para la investigación histórica. Se discutió sin embargo la validez de los distintos enfoques de las ciencias sociales. En líneas generales, los participantes estuvieron de acuerdo en señalar que la crisis de una teoría general y totalizadora no significaba la pérdida de validez del uso de modelos en la investigación histórica. La necesidad de método, hipótesis de trabajo y aplicación sistemática de los modelos de las ciencias sociales a la historia contó con entusiastas defensores. Se planteó, sin embargo, el peligro de que la recuperación de la historia política suponga, bajo el encubrimiento de una metodología falsamente científica, la vuelta sin más a la historia tradicional. Asimismo, se señaló la resistencia de los

historiadores a buscar respuesta a los problemas de su disciplina en otras ciencias sociales.

Por parte de la historia económica el debate se centró en la necesidad de incorporar los nuevos avances de la teoría económica, en concreto los resultados de la nueva economía institucional, que permitirían un mayor acercamiento a los historiadores y una mayor apertura a los problemas sociales y políticos.

Sin embargo, el debate más apasionado se centró en la dicotomía que existe en la mayoría de los países entre historiadores docentes e historiadores investigadores. La mayoría de los avances en el campo de

la historia gracias a las ciencias sociales, apenas se recogen en la docencia y los numerosos trabajos de investigación publicados son en su mayoría ignorados por los historiadores que desarrollan básicamente una labor docente. El problema suscitó múltiples intervenciones que coincidieron en señalar que el ideal de historiador, docente e investigador, no siempre resulta factible y que la falta de apoyo a la investigación constituye un agravante más de esta dicotomía. Con este debate general de gran viveza e intensidad se dieron por finalizadas las sesiones de trabajo de este seminario internacional.